

Sí; es hora mujer en el mundo. Hace siete siglos la mujer fué cima de amor, premio de hazañas. Entonces era la mujer causa que movía sin conmovirse. (Beatriz, ajena a Durante, fué dando a Florencia florentinitos, mientras Dante iba fraguando los tercetos de su Comedia, y esa Vida Nueva, novedad rotunda para el arte.) A lo largo de siete siglos la mujer hizo de todo en el mundo: hizo paz, hizo guerra, pero hacíalo como a hurtadillas.

Ahora, en cambio, el foco de la vida nos pone muy de manifiesto a las mujeres como pieza de construcción esencial para la obra del vivir. ¿Qué razones, qué causas nos han puesto a vivir a las mujeres del modo gratis como hoy vivimos?

En mi sentir, no sólo causas materiales—razones de hechos—hacen ya imposible que el mundo prescindiera de nosotras. Sin duda, el trabajo exigido por esta tierra con luna visitada requiere la mano de obra del género humano entero. A su vez, la economía siglo XX nos fuerza a todos—sin distinción de color ni de sexo—a realizar lo que ciertamente no estaba previsto en los mapas terrestres. En cuanto a la política—aprovechadora de cuantos elementos halla disponibles sobre el haz, el subsuelo y el entorno de la tierra, ha puesto en nosotras su mirada y ha contribuido en buena parte a sacar de casa a la mujer, y aun a sacar de sus casillas a mujeres y a varones. Sin embargo, ni la política, ni la economía, ni el trabajo, con sus cúmulos de exigencias y de alicientes, nos hubieran hecho salir de nuestras casas a las mujeres, de haber querido nosotras continuar en el estrado. La verdad verdadera es que las mujeres queríamos salir de casa no por trabajar, no por ganar, no por votar. Sencillamente, queríamos aflorar a nivel de convivencia con la otra mitad del género humano. Y ésta es la razón honda y válida por la que está hoy la mujer picando piedra, extirpando apéndices, conduciendo autobuses, pilotando aviones, corriendo órbitas espaciales, proyectando edificios... y, en fin, rigiendo los destinos de la Humanidad mano a mano con el varón.

Ellos y nosotras nos queremos bien. Siempre nos quisimos bien los hombres y las mujeres, en justa reciprocidad. Por modos y maneras incontables logramos en el tiempo sido realizar nuestros encuentros, y amigarnos. Nótese que esta conducta de reunión en amistad nada tiene que ver con los amores, ni con los de altura, ni con los de bajura, porque ambos son ajenos a la convivencia en clara amistad. Al cabo, y en nuestro tiempo tan devoto de toda autenticidad, cada sexo renunció de buenísimo grado a vivir en régimen de cuarentena vitalicia con respecto al otro, y allí donde conviene, en el trabajo y en la ociosidad,

estamos juntos las mujeres y los hombres para el mejor bien. Ellos y nosotras hemos salido al aire del siglo XX con el único fin de encontrarnos. Y he aquí que estamos encontrándonos a toda hora, y en todo lugar. Por eso nuestro encuentro acontece también en ARQUITECTURA.

Entre los arquitectos—en España y fuera de España—hay muy buenos arquitectos que son mujeres exquisitas, sabias y admirables. Y tanto ellas como ellos—profesionalmente—conceden gran atención y otorgan lugar de preferencia a la mujer como pieza insoslayable para la construcción, para la realización más perfecta de sus proyectos.

Los arquitectos son quienes hacen las casas. Es evidente. Pero la mujer es quien puede realizar la transmutación insoslayable de la casa ya construída en hogar vivo: la conversión de unos monstruos duros, inflexibles pese a su armónica proporción en recintos aptos para albergar la vida.

Las casas todas—las bien proyectadas, las mal construídas, las grandes, las menores..., todas las casas, sean como fueren—quedan paradas el día de su terminación. Por sí mismas, son incapaces hasta de respirar, aunque tengan abiertas las narices de la ventilación natural o forzada. Adolecen de tedio anquilosante. Las casas para vivir en plenitud esperan a ser vividas, habitadas. Pero ¿acaso son vivibles todas las casas construídas? Aunque así parece que debiera ser, no es. No se sabe nunca de antemano qué casa será habitable y cuál no. De esto nadie tiene culpa. Es que no hay pilotos de prueba que comprueben, a riesgo de sus vidas, la habitabilidad de las casas, como se comprueba la eficacia de los motores que vuelan, corren o navegan.

No se piense que las casas, con no venirse a tierra, ya dieron prueba satisfactoria de sí mismas. No. Las casas navegan Tiempo adelante, y nadie—ni las casas, ni los arquitectos, ni las mujeres—sabemos dónde estará para la casa el insuperable contratiempo. Lo que sabemos todos es que existe. De aquí lo apasionante que resulta por sí mismo el vivir en una casa.

Siempre fué cosa de mujeres dar vida, poner en marcha—en la adecuada marcha—a las viviendas. Por eso siempre hubo, habrá y hay casas cantarinas y casas rechinantes, casas parleras y casas mudas, casas ágiles y casas pesadas y muy frías. Y hay también casas insoportables, histéricas, invivibles. Y casas, en cambio, que son tan oportunas para sus habitantes como una manta de piel en el frío. Es curioso—cuando se hace examen de casas—descubrir que hay casas extranuevas absolutamente repelentes, y otras que, aun viviendo peligrosa vida apuntalada



—por orden del correspondiente Municipio—, son casas a toda hora nuevas como los días de abril. Casas cuyos escombros—el día del derribo—son en efecto escombros “enamorados”, como acaso podría decir mi señor don Francisco, poeta.

Los arquitectos—huelga decirlo—nada tienen que ver con esta condición de las casas: absolutamente nada. Una vez realizada la famosa entrega de las llaves—de mano a mano—las casas rompen a ser ellas mismas... Es decir, empiezan a ser lo que ha decidido que sean la mujer que recibió la famosa llave.

Fuerza es confesar que hay mujeres muy desdichadas a quienes Fortuna concedió viviendas—algún nombre es preciso dar al recinto que habitan las infelices—que por mi parte me hacen perder toda esperanza en el género humano. Pero no es menos cierto que hay mujeres afortunadísimas a quienes su dicha—o simplemente su marido—les han abierto las puertas de casas increíblemente bellas y maravillosamente vivibles. Sin embargo, algunas de estas privilegiadas de Fortuna apenas necesitan tiempo para hacer absolutamente inhabitable su casa. Tan inhabitable, que ni siquiera los ratones hacen en ella su morada. Ciertamente que los ratones son criaturas elegantes, vestidas de perfecto gris, dotadas de sutilísima sensibilidad y muy conscientes por añadidura. Por eso sienten horror hacia las casas desarticuladas, agrias, que ni siquiera crujen como debe crujir una casa formal. Las mujeres que figuran como amas de esas casas, son las que en toda ocasión repiten el disco famoso de que, a ellas, la casa se les viene encima. Y, con ello, no mienten. Un día se hundirán en su propia descompuesta personalidad.

Estas mujeres incapaces de convertir en hogar auténtico vivienda alguna—ni pobre ni rica—son las que niegan cerradamente el primer principio del saber de arquitectura: a saber, que el arquitecto es el artista que concibe en materiales nuestros deseos, mucho mejor que nosotros mismos. El arquitecto sabe siempre—si se molesta en averiguarlo, claro está—lo que deseamos y buscamos por morada. Y, caso de que se cumplan los debidos supuestos, puede materializar nuestro deseo.

Ahora bien: el arquitecto no concibe sus acertados planos por obra de una iluminación mágica, sino por caminos normales, y en no pequeña parte, merced a su convivencia con nosotras, mujeres con casa habitable. No me parece que sea debido al puro azar, ni tan siquiera al frío estudio sobre libros, la ingente mejoría que acusan las casas nuevas, en todo país, vistas con relación a las que se alzaron a principios de este mismo siglo. Y es que en aquellos tiempos el trato normal entre hombres y mujeres no existía apenas, ni nadie conocía más vivienda que la propia en totalidad, y en su parte dicha de recibo, alguna más. Hoy, en cambio, los arquitectos, como cual-

quier otra persona, conviven en sociedad y amistad con mujeres creadoras de hogares mejores o peores, y todos conocemos, hasta en sus más recónditos trebejos, las casas ajenas.

No se piense que todas las mujeres son compañía grata para los arquitectos, desde un punto de vista arquitectónico, se entiende. También conocen los arquitectos a mujeres anti-plano de vivienda, las cuales, frente a un tabique, una puerta, un hueco..., diríase que son agentes enviados por los ángeles para redención de los arquitectos que en alguna ocasión, sin duda apresurada, abrieron las puertas hacia lados contrarios y se olvidaron que... nunca hay que preocuparse, porque todo está perfectamente ajustado en el plano de la arquitectura de nuestra salvación personal.

No obstante el peligro señalado, para los nervios arquitectónicos, de estas mujeres anti-creadoras de hogar, y aniquiladoras de cualquier espacio o armonía, el diálogo entre Arquitectura y Mujeres ha de ser cada día más vivo, más íntimo y de mayor envergadura. Porque no sólo de pequeñas o de grandes casas hemos de dialogar mujeres y arquitectos, sino además—y del todo a fondo—sobre edificios y ciudades.

En mi opinión los rascacielos son la arquitectura ciudadana que mejor nos va a las mujeres 66. Y aun digo que está fuera de año la mujer que no sabe rimar con rascacielo. Naturalmente, entiendo por rascacielos los conjuntos contruídos que marcan las famosas skyline de Nueva York, Chicago... y de otros lugares del mundo. No cuento esos desamparados y desmedrados gigantes que la codicia alza frente al mar, rompiendo la línea de tierra y la de agua; ni tampoco los que surgen de pronto entre calles de altura media y convierten en raquícos los edificios hasta entonces graciosamente conjugados entre sí. Considero—y es lo que quiero decir—que el atuendo femenino, con todo su maquillaje, maneras, porte, movimiento hacen que la figura femenina no dé su mejor imagen si no es un entorno contruído hacia lo alto, o en un recinto con sello de nuestro hoy. Basta considerar lo oportuno del tipo mujer 66 en un aeropuerto, y lo incongruente que este tipo resulta junto a trenes con chimenea, por ejemplo. De momento estoy segura de que podemos ir a la luna sin siquiera cambiar el tono de labios que hoy se usa. Más tarde, no sé. Dependerá de lo que los hombres hagamos con la luna.

Al contemplar un rascacielos da placer considerar cómo se mantiene ágil y firme sobre base tan mínima. Y no da menos, me parece a mí, contemplar abuelas que pueden enseñar hoy a sus nietas cómo no hace falta empastar el esqueleto al vivir.

Los rascacielos son construcciones ciudadanas por excelencia. Las ciudades, hoy como nunca, son cosa nuestra, para nosotras. Es verdad que en buena parte



funcionan gracias a nosotras. Pero, además de esto, si desapareciéramos de las calles de la ciudad quedarían al punto resueltos todos los problemas de circulación y los anejos. Lo malo es que si tal aconteciere, las calles parecerían absurdas realidades sin sentido. Por eso los arquitectos saben bien que deben contar con nosotras en todo cuanto se refiere a la ciudad.

En su tiempo fué impensable una ciudad sin avenidas de castaños—naturalmente rosa—y sin paseos de acacias-blancas. Hoy las calles de la ciudad han de ser cosa más interiorizada. Como pasillos comunicantes, calientes o fríos encontradamente con la estación, bienolientes, cómodos de pisar. No se olvide que las mujeres, dentro de los zapatos, llevamos unos pies perfectamente “hechos” y casi más cuidadosamente esmaltados en sus uñas que las mismas manos.

La ciudad requiere espacios verdes. Pero en la ciudad debe quedar marcada la separación entre parque y calle: la mezcla de ambos no es propia de hoy. La calle no puede pasar a través del parque, porque lo enerva. El parque no se puede cultivar en la calle, porque el firme de la calle debe ser de materia artificial, y no de tierra, ni de arena, ni siquiera de piedra y aún menos de cemento. (Si París no hubiera tenido firmes de madera, las mujeres de París no habrían llegado a ser lo que han sido.)

Me parece que viniendo al día de hoy y a nuestra tierra las mujeres podríamos—podrían—hacer muy buena labor en pro de la ciudad y en bien de las tierras, las de Castilla y las de otras partes.

El futuro, nuevo y totalmente distinto modo de vida ya llegó. Y ese futuro anula el modo actual de cultivar los campos. El factible está a punto de practicarse también entre nosotros, espero. Así, en el interregno, murieron de muerte natural los pueblos, los grandes pequeños pueblos de España, a los que les ha faltado el campo. Muchos de estos pueblos, casales a medio derrumbar entre barbechos, se han convertido en guarderías infantiles peculiares. La industria y la ciudad se llevó a los padres, y son los abuelos los que cuidan a los hijos de sus hijos. Estos niños se alimentan con alimentos que vende el abuelo o la abuela de la farmacia, y alguna cosa más que da la huerta casera, donde los pequeños juegan y los no jóvenes leen y releen las cartas de los hijos a ritmo de pueblo.

Muchos pueblos de España, a un tiro de piedra de las ciudades—y a los que una red de vías nuevas debía acercar del todo—, están al alcance de cualquier fortuna media, y son muy bellos, aunque sean pura ruina. “Ruinas perdidas en campo... / Ruinas perdidas en lecho / ya seco, de ciénaga enorme.” Son tres versos de Unamuno. Y una realidad de España. Las casas ruinosas de los pueblos están en venta. Algunas tienen ya dueños ciudadanos. Muchas de estas últimas están rehechas. Obra buena es. Sin

embargo, el Tesoro no prima, sino grava estas casas rehechas. La economía es para mí la magia negra de nuestro siglo: yo no la entiendo. Yo me quedé atrassada en magia; sólo entiendo perfectamente la del clásico Ciprianillo, que bien puede probarse en los antiguos corrales de las casas derruidas, y con un gallo negro (lo difícil de esta magia es robar el gallo) y con un hilo verde y dos sapos, averiguar... Acaso hasta se averiguaría por qué no interesa al Tesoro que se rehagan estas casonas y casas de los pueblos.

Con impuestos o sin ellos, no hay duda de que las mujeres dueñas de estas casas viejas, levantadas de nuevo, tienen abierta ante sí una tarea ineludible y apasionante: conferir nueva vida al pueblo de su nueva-vieja casa. No se trata de resucitar en el pueblo la vida que fué suya, empresa absurda, antes que imposible, si cabe hablar así. Se trata de suscitar un nuevo vivir alerta por las calles del pueblo, para que entre pueblo y ciudad medien sólo unos pocos kilómetros y no unos cuantos siglos. A las mujeres está encomendado este puente de comunicación esencial y vitalísimo.

El primer paso con vistas a esta realización es, a mi entender, el modo como se alhacen estas casas rehechas. No pueden ser las tales casas decorados que imaginó Calderón de la Barca. Tampoco pueden ser viviendas en las que se haya recluso un anticuario, retirado de la compra-venta. Es forzoso que estas casas hallen su punto justo de normalidad. Porque, aunque sitas en un viejo poblachón, todas ellas comunican con otros continentes por medio no de carabelas, sino del *Pájaro del Alba*.

Por estas pequeñas y aisladas empresas empieza—o cuando menos podría empezar—la reconquista de España no ciudadana en pro de la ciudadana y de la que no lo es. Porque si es posible vivir en un pueblo, y no por ello alejarse de la ciudad y sus atractivas, a fuer de vitales, complicaciones, acaso las complicaciones de la ciudad fueran haciéndose menores, y no habría tal afán de incrustarse en ellas, incluso a puro realquile. A proximidad de los pueblos deberían situarse las fábricas, que, no se ve bien por qué causa, están entre calles de ciudad.

¿Por qué pienso que son las mujeres quienes pueden iniciar esta empresa? Porque quien es capaz de convertir un cuchitril en hogar atópado, y un palacio severo en confortable y auténtico hogar, juzgo que con un poco de ayuda podrá primero vivificar su calle de pueblo, luego la plaza y en fin el pueblo entero. Se trata de quitarles su verdad a los versos de Unamuno—aunque jamás se les podrá quitar su poesía—con ciénaga existente o sin ella.

Mucho deseo que sean mujeres quienes emprendan la obra importante, sensata y buena de conferir vida nueva a los pequeños grandes pueblos nuestros. Porque sólo si los pueblos viven no morirán las ciudades.